

C
972
S

PQ 72

go. N
eur
al

Ejemplar núm. 49



Don José Ives Limantour

por un aprendiz de retratista

Edición privada de cien ejemplares numerados

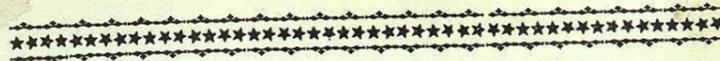
26382

C
972
S

1092

go. N
cup
ol

923
Lii



I

Existe una escuela moderna que sostiene no hay que conceder importancia ni valer á la historia *ad usum puerorum* que se enseña en los colegios, y que más sirve y prueba más el conocimiento de la tasa del interés y del precio del trigo en una época determinada, que la relación de una gran batalla ó la de un matrimonio de príncipes. Si tal cosa es cierta, ¡qué interés encierra el estudio de la historia de la hacienda mexicana y las vicisitudes de ese ramo importantísimo en que se ha reflejado, como en espejo fidelísimo, el bienestar ó el malestar del país!

La leyenda de la riqueza mexicana, de esa riqueza inagotable que podía haber bastado "á cubrir los presupuestos de la pobre y hambrienta Europa y á hacer la dicha del Asia agotada y venida á menos de su primitivo esplendor," esa leyenda fué para México una túnica de Neso que le corroyó las carnes sin darle un día de vida. En las Memorias de Hacienda, inextricables selvas de papeles en que no hay orden, ni concierto, ni verdad, ni sistema preconcebido, ni orientación ni nada, se puede ver lo que era el país en los tiempos que si-

C
972
S

guieron á la emancipación. Don Lorenzo de Zavala se espantaba de la confusión inmensa de expedientes, del desorden en las rentas, deudas, préstamos, adelantos y atrasos de los sueldos. Comisarías, aduanas y tesorerías eran la imagen del caos; no había dinero; el erario estaba comprometido por los anticipos hechos; se debía sueldos al ejército y á los empleados y era imposible dar un paso en tan tortuoso sendero sin exponerse á nuevas y más tremendas caídas.....

En esas Memorias se adivinan los convites de Santa Anna; el vino de á veinte pesos botella; la minuta del banquete discutida como si fuera el plan de una batalla; los primores de una cocina sabia; la musa ronca de algún poetastro cantando la gloria y las grandezas del régimen; los agiotistas ofreciendo dinero con el noventa por ciento de interés; el pronunciamiento espionando la pobreza y ofreciendo la abundancia; la agricultura pereciendo por sobra de impuestos y por falta de brazos; el maíz á catorce pesos la carga; el premio del numerario á un tipo desconocido antes; la riqueza territorial en manos de las órdenes religiosas; los empleados pereciendo de hambre; la escasez y el despilfarro; el peculado y el ansia de no pagar; los niños ignorantes; las costas insalubres; el ejército desleal; todo, todo nuestro pasado tormentoso, aflictivo, lleno de miserias, de caídas, de desaciertos y de humillaciones está allí, en ese montón de papeles viejos, ratonados, trancos y sin cohesión. "Hoy, dice un curioso de la época, estamos de buenas: con motivo del baile que el comercio ofreció á S. E. nos han dado una quincena de las diez y seis que nos deben. Señalaré el día con piedra blanca, como he señalado tantos con

piedras negras." "Si al menos tuviera, exclama un ministro, un producto semanal de cien mil pesos, de cien mil pesos seguros, podría pensar en la manera de suplir y mejorar las otras rentas; pero este combate eterno para proveer á las necesidades diarias me impide pensar en nada que no sea la emergencia del momento....." "No había fondos, escribe Iturbide; los funcionarios públicos no estaban pagados; no podían negociarse préstamos en el país." "Las rentas públicas han desaparecido, exclamaba el ministro de Hacienda en mayo de 1829; no ha podido nacer el crédito en los momentos en que los temores hacen tesaurizar las existencias numerarias, y debilitándose este resorte de la fuerza social, se relajan los hombres, las cosas, la resolución, el valor y hasta las virtudes. Las rentas del Estado se hallan destruidas, el erario vacío, la fuerza pública sin recursos"

Pero se ignoraba que la hacienda mexicana estaba contaminada de pecado original: la guerra de la independencia había destruido todas las fuentes legítimas de riqueza y todo el plan hacendario que la colonia había experimentado con gran fruto. Restando brazos á la agricultura y á la minería para obligar á agricultores y mineros á engrosar las filas de insurrectos y realistas, arruinando fábricas y plantíos, causando un déficit cada día mayor en las rentas públicas, la nación reciénvenida á la luz tuvo que aceptar sin beneficio de inventario una herencia de eterna ruina y de perpetuo é inacabable apuro.

El primer enemigo de la hacienda mexicana fue el doctrinarismo. Había que abolir todas las rentas que proporcionaban vida á los gobiernos: ésta por antieconó-

C
972
S

mica; aquella porque afectaba sólo á un grupo determinado; la de más allá porque entorpecía el comercio exterior —y la que hacía daño al giro del amigo, la que perjudicaba al compadre ó al elector ó al partidario, porque no debían cobrarse. Los periodistas de uno y otro bando desperdiciaban tinta y papel pidiendo los unos ilimitada y absoluta libertad en nombre de los *Sofismas* y de las *Armonías* de Bastiat; solicitando los otros protección constante y maniatadora, en nombre de la industria del país. Según que el productor fuera amigo ó enemigo, el arancel se alzaba ó se restringía, se empequeñecía ó se agrandaba: era á modo de aquella piel de zapa con que Balzac simbolizó la vida humana; pero esta piel no estaba curtida ni adobada, sino llena de sangre, palpitante y conservando todavía la impresión del hermoso cuerpo que la había llevado.

Como el ministerio de hacienda venía á ser no un puesto que requiriera preparación y estudio, sino una granjería que recompensaba los servicios del compinche que había ayudado á la hora de la revuelta, pasaron por ese despacho las más insignes medianías y hasta las más desastrosas nulidades. Ministros hubo que desconocieran las cuatro reglas; ministros que necesitaran convencerse experimentalmente, midiendo telas y cintas, de que la vara y el metro se correspondían en tal proporción; ministros que se limitaran á firmar lo que les presentaban los oficiales mayores, y que pasaran en una admirable inconsciencia por las antesalas del departamento. "Allá con Palacios" "Vean á Palacios" eran las muletillas de un excelente sujeto que tuvo en sus manos la cartera por un período bastante largo.....Se necesitó liquidar la

deuda inglesa en 1842 y no se encontró quien pudiera hacer operación tan sencilla: fue menester recurrir á don Lucas Alamán, que por entonces era el brujo de la tribu, para que definiera cuánto debíamos y en qué términos lo debíamos.....

Claro está que la ignorancia no era siempre independiente de la picardía: desde el famoso don Mariano Michelena, que, según Zavala, fue el primer concusionario mexicano, hasta don Francisco de P. César, el ínclito arreglador del negocio Jecker, que en dinero y especies consiguió sacar del ministerio un medio millón de duros, abundaron siempre en México los ministros que aprovecharon la hacienda pública como hacienda privada.

¿Y qué arreglo, ni qué medida, ni qué precisión podían existir cuando no había presupuesto, ni cuenta, ni se sabía el rendimiento de las contribuciones, ni en qué pudieran invertirse éstas?

Los jefes de la revolución triunfante consideraban el erario como su peculio particular; unos lo distribuían entre sus comilitones, amigos y valedores que habían contribuido á la realización del glorioso movimiento; otros lo gastaban en sus propias atenciones, como el Emperador Maximiliano, que recibía cinco mil pesos diarios de la Aduana de México é invertía el producto de las marítimas en mejorar los palacios que S. M. poseía en las riberas del Adriático.....

Como siguen "el eco al ruido y el dolor al golpe" seguían el deficiente y la ruina á la organización recién planteada: un sociólogo mexicano pudo sentar una ley que nunca llegó á fallar: si el deficiente era inferior al